



MERCADO DE LA BRETXA. SAN SEBASTIÁN

Los sueños llevan nombre de mercado

MARÍA DÍAZ

Yo jugaba con mi camión Avia, color amarillo anaranjado, detrás del sofá, cuando vi las piernas de la madre de mi padre cruzar el salón desde la cocina y abrir la puerta del despacho del aitona. Supe que no estaba dormido porque mi amoña dio a gritar enloquecidamente mientras se agarraba al pomo de la puerta con una mano y a la pared con la otra y él, fuera de sus hábitos de viejo ya establecidos, no dijo ni "mú" ni optó por levantarse.

Sólo pude ver como descansaba la cabeza sobre sus papeles, extendido un brazo a través de la mesa. Todos acudieron alarmados a sus chillidos que a mí me estaban empezando a parecer una pesadilla muy propia de ella, siempre con la voz alta en la boca, dispuesta a regañarnos por cualquier cosa o a amenazarnos haciendo oscilar la mano derecha. Sin embargo, aquello prometía ser bastante más divertido. Mi madre llegó corriendo con un paño húmedo en la cintura y mi tía Lolita abandonó su baile de sobremesa para alcanzar descalza el vano de la puerta donde la amoña insistía con sus berridos.

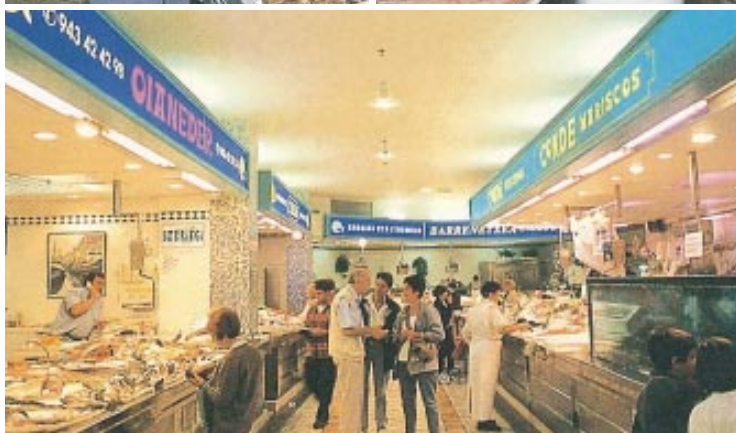
Las dos mujeres jóvenes se llevaron la mano a la cara y se agruparon ordenadamente. Ninguna atravesó el umbral de una habitación que siempre había parecido prohibida para ellas. Mi madre me descubrió erguido sobre el tresillo intentando echar un vistazo más allá de aquellos culos grandes que se imponían de trinchera ante mis ojos. Me mandó bajar y me envió, con una sola señal de su dedo índice, al cuarto donde mis hermanas jugaban a las cocinitas. Nos encerramos allí esperando nuevas órdenes. Se sentían los pasos acelerados de las mujeres, los llantos exagerados de la vieja, mi madre al teléfono,

el timbre de la puerta componiendo música a base de sonar en continuo.... Pronto la casa empezó a llenarse de gente. Nadie parecía acordarse de nosotros, que no habíamos tocado un juguete desde que yo había aparecido allí con cara de circunstancias y sin poder dar una explicación clara a Mónica, Leticia o Paula, que me habían preguntado hasta el aburrimiento el motivo de mi presencia en su particular ghetto. Todo era tranquilidad en aquel habitáculo rectangular que había sido, muchos años antes, el dormitorio de mi padre. Agazapados junto a la puerta, los 4 hermanos esperábamos ansiosos noticias de aquel exterior tan bullicioso. Ya comenzaban a escucharse voces de hombres, más llantos, más voces, todavía más llantos... Hasta que Paula, con su habitual ingenuidad, preguntó señalando la puerta "*¿Por qué no podemos salir?*" y Mónica, Leticia y yo nos miramos entre asombrados y curiosos. "*Eso, ¿por qué no podemos salir? ¿Quién especificó, dónde, que nuestro encierro no tenía hora de caducidad?*".

Bajamos la cabeza, alzamos los hombros, nos apretamos unos a otros y tiramos cuidadosamente del pomo. Mónica fue la primera en asomar su cabeza morena al pasillo. A pesar del tra-siego doméstico ningún aparente ser humano reparó en ella. Libre el camino, enfilamos juntos hacia un salón lleno de ruido y humo, consecuencia clara de la masa de personas que habían decidido pasar aquella tarde en nuestra sala. O, para ser más exactos, en la sala de los aitonas. Porque yo nunca sentí como más aquellas paredes en las que deshilé mis primeros años.

Era como si las fotos de la cómoda hubiesen cobrado vida: allí estaban todos y cada uno de los que aparecían, ya fuera en color, ya en blanco y negro, en las imágenes que la amoña acumulaba sobre los apales. Un hombre alto, terminado en boina, dio en señalarnos a la voz de "*¿quiénes son estos niños?*". Ahí se terminó nuestra expedición. Cuatro cabecitas con cara de susto girando sobre sus pies a la búsqueda de una cara conocida. Fue tía Lolita, la nariz roja, la cara hinchada, quien se hizo cargo de nuestras conciencias. "*¡Dios mío, los niños, nos habíamos olvidado de ellos!*". Y con la frase aún en la boca volvió a empujarnos hacia la habitación de juegos de la que habíamos salido y que, a aquellas alturas e insatisfecha la curiosidad inicial, empezaba a parecerse una aburrida condena. "*¡Con lo entretenido que estaba el living room! Que diría mi teacher*", pensé en bajito sólo para mí.

La amá apareció enseguida. Informada, indudablemente, por aquella hermana de padre que nunca supo guardar un secreto a gusto. Traía la cara familiar que había acompañado a todos tras el primer grito y una bandeja con bocadillos que fue magníficamente bien recibida. Leticia no pudo aguantar dos segundos sin golpear la intranquilidad de nuestra progenitora: "*¿Por qué hay tanta gente mayor en casa, amá?*". Por fin una breve sonrisa en aquellos labios tan maravillosos que solían despedir besos sin reparos. "*Luego os lo cuento todo. Ahora quedaos aquí, que yo vuelvo enseguida*". "*¿Seguro?*" espetó Mónica, que a sus 8 años ya tenía costumbre de coger las frases y quedarse cuidándolas hasta el infinito. "*Seguro*".



Entonces reparé en algo. Mis hermanas me miraban de arriba abajo inquiriendo sin abrir la boca "Daniel, ¿por qué te han mandado aquí?", de nuevo Leticia, aguda, con la pregunta precisa en la boca. "¿Por qué chillaba la amoña?", añadía Mónica dominada por la curiosidad de las horas de espera. "Yo sólo he visto tres culos en una puerta que miraban al aitona", comenté sin pestañear con el fin de ceñirme lo más posible a los hechos. "¿Y qué hacía el aitona?" (a veces Mónica me gusta más callada, como Paula, que gasta lo justo en palabras aunque se queda con todo). "Nada. He pensado que dormía sobre su mesa. Tenía la cabeza agachada y el brazo extendido" expliqué mientras pasaba a limpio la postura de la que hablaba. "¿Y por eso hay tanto lío?" dijo Leticia en voz alta. "Pues no estaría dormido", concluyó Paula con su carita de ángel. Mónica afirmó con la cabeza y volvió a la carga: "¿Roncaba?". ¿Qué si roncaba?. Tuve que hacer memoria, apretar con fuerza los ojos y volver a colocarme mentalmente sobre el sofá con mi Avia en la mano. "No, no hacía nada de ruido. Ni siquiera ha dado un salto con el grito que ha pegado la...". ¡Salvado por la campana!: amá retornó a la habitación, como había prometido, cerró la puerta tras su espalda y nos reunió a todos a la altura de sus rodillas. "Niños, el aitona ha muerto. Enseguida nos iremos a casa".

Y ahí dejé instalada mi primera infancia.

Todo cambió a partir de entonces. Olvidamos nuestro tiempo de aburrimiento en casa de los aitonas paternos y reorganizamos nuestro ocio. Lejos de la influencia de mi abuela, de su mano que oscilaba a menudo amenazando estopa y de su voz de vigía que avistaba tierra a cada minuto, la vida empezó a tomar otro tono. Era un aire desacostumbrado que mejoró nuestra audición, aligeró nuestras pesadillas a la par que nuestros traseros y facilitó considerablemente nuestras digestiones. En época de colegio, poca variedad sobre lo ya establecido: madrugones para ir a una escuela donde persistían en el empeño de hacer de nosotros "gente de bien" (Leticia repetía la frase desde hacía dos años con cierta mala baba, propia de la ironía que la caracterizó desde la cuna), comidas en casa, deberes, algo de televisión, un rato de juego y cama. Pero en vacaciones, la intendencia varió sensiblemente con la ausencia de la amoña, que había emigrado al este para tranquilidad de todos, porque pasamos a integrarnos en el proceso cotidiano de nuestra madre. Por la tarde, columpios hasta aburrir o visitas a casa de los amigos para construir mecanos o fuertes, pelear a destajo o hacer carreras. Si la mañana traía buen tiempo, jornada de playa; pero si el cielo aparecía lleno de nubes, a la calle con la amá que, dominada por una extraña enfermedad, que aítá clasificó siempre como de "genética", se negaba a parar quieta en ningún momento.

La felicidad completa llegaba cuando tocaba mercado. Mónica corría a decírmelo sobre una sonrisa que no le cabía en la cara porque los cuatro hermanos habíamos descubierto que el mercado era un mundo de diversión increíble, una zona de juegos común para los cuatro que, por lo demás, no andamos sobrados de compartir gustos. Mónica y Paula



ordenaban el universo infantil femenino a través de sus muñecos, sus cochecitos, sus cocinitas, sus charlas de mamás tempranas... Mientras Leticia y yo andábamos metidos en guerras o en carreras de autos. ¡Pero el mercado!. El mercado era la escuela y el recreo juntos; los mayores y los pequeños a la vez; el ruido y el silencio uno sobre otro... la gloria.

En Oquendo, dos calles antes de llegar a ese edificio señorial empeñado en parecer una iglesia por fuera y una cocina por dentro, nuestra madre se detenía para respirar hondo. "¿Lo oléis, chicos?" inquiría mecánicamente alcanzada aquella esquina. Con 10 años, y a pesar de ser el hermano mayor de aquella tribu, yo ya había descubierto que la opinión masculina entre tanta cha-



vala era absolutamente "in": in-necesaria, in-escuchable, in-suficiente e in-ferior. Así que optaba por mirar hacia otro lado y cerraba la boca como si tuviera miedo a que se me escapara algo de ella. La experiencia también había enseñado a Mónica a contestar en afirmativo por principio, aunque estuviese lejos de captar nada, ante el posible empeño de mi madre por tenernos toda la mañana a la búsqueda de un olor, que a sus entendederas, paseaba por las calles donostiarras por las que nos encontrábamos. Pero las mellizas, ajenas a la posibilidad de complicarse la vida desde sus apresurados 6 años, apostaban por la actitud modelo "sinceridad pasmosa" y negaban claramente con la cabeza. "¿A qué?", algo superior a sus fuerzas obligaba a Leticia a abrir la boca siempre. "A mercado", contestaba amá, con la respuesta bien aprendida. "Yo solo huelo a pescado" osó a decir Paula en una ocasión. "Es que eso es olor a mercado" sonrió la amá. Así que, convencidos al menos de que el frigorífico familiar y el mercado de la Bretxa compartían esencia, y seguros de que íbamos por buen camino, según el punto de vista de mi madre, que no era "moco de pavo", seguíamos avanzando en pos de sensaciones olfativas más fuertes. Dueña de la costumbre, la amá ejercitó ese gesto durante años, incluso aún cuando había conseguido que todos nosotros, uno tras otro, fuésemos reconociendo aquel aroma impreciso que comenzaba a señalar, como cartel en poste, la llegada próxima del mercado al andén de nuestra infancia.



La Bretxa nos abrió un mundo de sensaciones: coloreó nuestra niñez de gamas de verdes, marrones, amarillos, turquesas y tonos que nunca hubiéramos conseguido clasificar..., impregnó nuestras retinas de formas insospechadas que confundíamos a placer hasta darnos por vencidos ("no, eso no es una trucha, es un lenguado"; "se nota que es ternera porque es más blanca" "he dicho espinacas, no canónigos"...), nos hizo amar la naturaleza y nos dotó de la capacidad para relacionarnos con los demás. Paula aparcó su timidez entre los arru-



macos de Dioni, siempre impoluto ante su charcutería ("amá, nunca he visto un blanco tan blanco" exclamó la primera vez que lo vio luciendo como un sol ante los mejores jamones del mundo) y aprovechó las letras de todos los objetos que se le aparecían a cada momento para repasar su iniciado abecedario; Mónica bautizó a todas y cada una de las aves que colgaban, con excelsa serenidad, de los ganchos de las pollerías de Prontxo o de Maite Osés para acabar llorando cuando las veía hechas trocitos en las manos expertas de los tenderos; Leticia practicó sumas, restas y divisiones, con llevadas, ante las cajas registradoras de Aldanondo, Mertxe o Asun Barrenetxea, quienes supieron esperar sus resultados con santa paciencia; y yo aprendí a desarrollar mi imaginación evocando el mundo oculto de quienes nos atendían cada día con aquel cariño.

Pasé lo más feliz de mi infancia entre las calles cubiertas de aquel misterioso edificio que me llevó a conocer al mejor de los amigos que nunca tuve: Dioni, un hombre hecho a sí mismo que fabricaba sonrisas a la velocidad del rayo y que alimentó, no sólo mi estómago, sino mis mejores sueños con sus historias de seres humanos que salían a pelear cada día con la vida de otras maneras a las que me habían enseñado mis juegos. Adquirí por costumbre saltar hasta su alto mostrador cada vez que arribábamos al mercado de la Bretxa. Allí me encontraba la amá acababa su jornada de compra, mirando extasiado las palabras que Dioni construía para mí entre sus porciones de queso o sus trozos de longaniza. Aquel hombre tenía magia.

Recuerdo, letra a letra, cada historia que ocupó mi infancia: la del niño que creó un mar de tanta lágrima porque no quería comer; la de la madre que aprendió a cantar para dormir a sus hijos; la del hombre que se levantaba temprano para extender la mañana con farolas para que pudiéramos ir a la escuela... Mis hermanas y yo nos mirábamos con la más intensa de las sonrisas mientras comprobábamos que, curiosamente, los protagonistas de sus cuentos llevaban nuestros nombres y que, a tenor de sus minuciosas descripciones, se parecían a nosotros como gotas de agua.

Próximo a los 12 años, aitá anunció la visita de su madre para las semanas siguientes. Reconocí al instante la figura estirada de tonos oscuros que ocupaba la butaca del rincón: traía puesta la misma honda tristeza que la acompañó en su marcha hacia tierras más cálidas tiempo atrás. Más delgada, eso sí. Más cansada, más dura... marcada por dos surcos bajo los ojos que le daban una imagen de "pietá" adusta. Ni siquiera entonces supo mirarme con dulzura y, sólo Paula, en su imprudencia, apostó por arrimarle un beso a su mejilla derecha.

La amoña se incorporó a nuestros días como si nada hubiese pasado. Estaba cuando nos levantábamos, cuando nos íbamos, cuando volvíamos... y, lo que era peor, cuando marchábamos al mercado de la Bretxa para poner en práctica nuestra ensayada capacidad para la diversión. Asistía enmudecida a cada uno de nuestros ratos infantiles para conseguir convertirlos, sin llegar a abrir la boca, en una miserable pesadilla.

La primera vez que vio a amá detenerse en "la esquina que olía a pescado", ni entendió la trampa de mi madre, ni nadie lo esperaba. Nos dejó respirar hondo sincronizadamente, nos aportó su particular cara de asco y siguió camino como si nada hubiese pasado mientras todos acompañamos con nuestro silencio su severo juicio hacia nuestras complicidades familiares.

Ese día cruzamos el Boulevard sin decir palabra, más quietos que nunca, temerosos de que la vieja estallara en cualquier momento ante un universo que, estaba claro, no le alcanzaba a sus entendederas. Pero según pisamos las escaleras que nos conducían a nuestro mundo secreto, a nuestras cuevas de Alí Babá, a nuestra fábrica de sueños, salimos corriendo hacia el puesto de Dioni. En parte por empezar a escuchar sus relatos, en parte por huir de aquella condena que en forma de amoña había vuelto a aterrizar en nuestras vidas cuando todo parecía fluir a las mil maravillas.

Cuando ella llegó al mostrador de mi amigo volvió a instalarse como era la costumbre desde su regreso: sorda y muda. Y triste, infinitamente triste. Al principio ni siquiera escuchó el magnífico cuento que Dioni

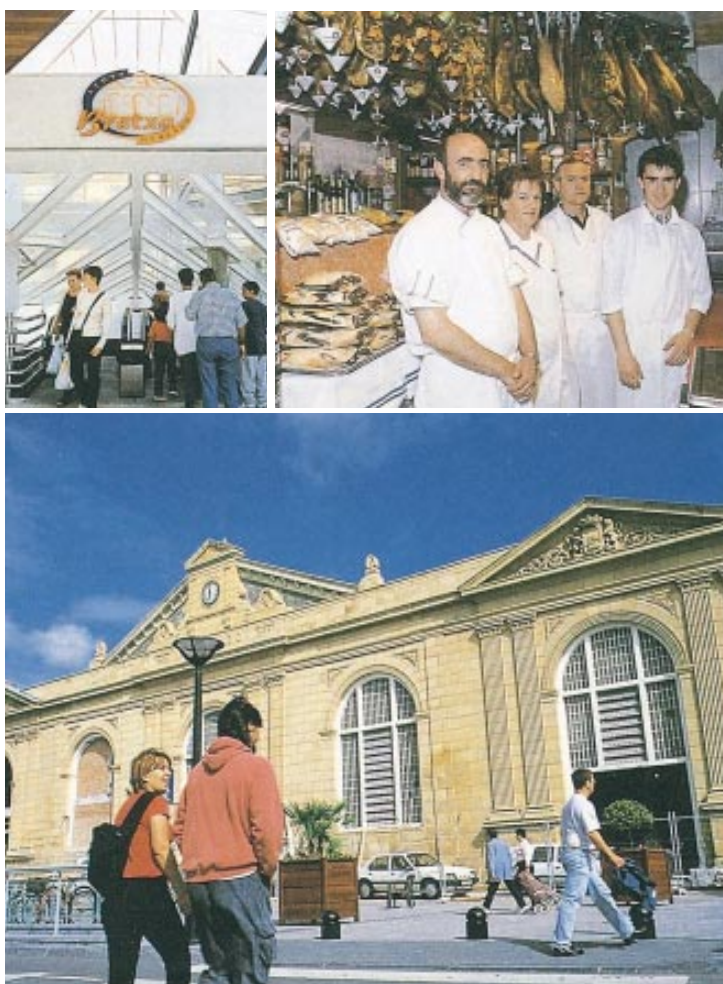


nos narraba: un suceso acontecido años atrás con cuatro niños que supieron hacer feliz a su abuela a base de enseñarle la magia de todos los días. Volvían a parecerse sospechosamente esos críos a nosotros, aplicando las enseñanzas de la escuela a las costumbres del mercado.

Y entonces ocurrió. Mónica recuerda perfectamente aún cómo se giró para descubrirla sonriendo. Hacía mucho que Dioni narraba su historia mirándola de frente, pero ella no fijaba sus ojos en ningún sitio. Por mimetismo, también los demás volvimos nuestras caritas sobre la amoña. Y siendo familiar aquel rostro, de repente, era otro. El charcutero se acercó a ella mientras ponía fin a su cuento: aquella vieja amargada, concluía, había encontrado la felicidad en las cosas más simples y en los seres más cercanos. Le tendió una loncha de jamón del bueno a la abuela, que ella tomó con suavidad inesperada y pronunció la primera palabra que le oíamos decir desde su llegada: "gracias". Pero un gracias que sonaba verdaderamente a gracias, que parecía haber salido de la boca de otra persona, por ejemplo, de la de mi madre. Un gracias lleno de la ternura que nunca había manifestado y que nunca intuimos podía encerrar en algún hueco aquel enjuto cuerpo escondido al cariño; un gracias que sonaba con eco; un gracias al que acompañaban otros ojos; un gracias lleno de letras que, por fin, empezaban a cobrar sentido. Leticia se acercó y le dio la mano. Ella se la apretó sin amargura. Nos miró a todos y anunció con una sonrisa: "*ahora voy a contaros yo la historia de un charcutero que regalaba felicidad por cada 500 pesetas de compra*". Paula le dijo, "*¿Qué es un charcutero?*". Y los seis nos echamos a reír a carcajadas.

Así nos encontró mi madre el primer día de la segunda infancia de mi amoña. ●

MARÍA DÍAZ
Periodista



MERCADO DE LA BRETXA SAN SEBASTIÁN

El popular mercado de la Bretxa es uno de los lugares emblemáticos de San Sebastián. Enclavado en un vértice privilegiado, entre las playas de Gros y La Concha, junto al teatro Victoria Eugenia y el Hotel María Cristina (sedes oficiales durante años del único Festival Internacional de Cine de nuestro país), preside el boulevard Donostiarra y se erige como símbolo del esplendor de la ciudad.

Su construcción se inició en 1870 según un proyecto de Antonio Cortázar y fue concluido en 1898 por José de Goicoa. Consta de 2 edificios declarados monumentos histórico-artísticos, unidos por una plazoleta, que durante años recogió a las pescateras del lugar y que ahora se erige como una moderna estructura acristalada.

El mercado de la Bretxa ha sido rehabilitado recientemente (las obras comenzaron en 1994), por lo que a día de hoy se nos presenta como una superficie comercial de 20.000 m² absolutamente acorde a los nuevos tiempos.